

MONTESA COTA

A mis catorce años yo quería una novia y una moto, no recuerdo si en ese orden o en el inverso. Vivía con mis padres en una casa que ya no existe en la calle del Olivo. Mi madre trabajaba de peluquera en Bustarviejo, de sol a sombra, y a mi padre le duraban poco los empleos: jugaba, bebía y se convencía de que ganaba siempre. Su sitio eran los bares de la calle Real y sus dueños le guardaban amistad o rencor según se hubiera portado la última farra. Mi madre me mandaba a veces a buscarlo, y una noche, abusando de su confianza o su *tablón*, le hablé de la *Montesa Cota*, más pintona que una *Derbi* y más rápida. No tenía carné pero tampoco se me pasaba por la cabeza convertirla en una 125, y, para lucirla con los amigos, estaba mejor que bien. Más adelante, me compraría una de gran cilindrada para trazar todas las curvas del mundo. Mi padre fue claro: no tenía un céntimo pero haría una ronda por ahí y me informaría del precio. Si podía pagarla con el sudor de mi frente, por él adelante.

–Y mejor –añadió– no le cuentes nada a tu madre, que ya sabes lo que piensa de las motos.

De las motos y de los trabajos. Mi madre quería que me hiciera un hombre de provecho gastando coderas, pero yo el instituto de La Cabrera no lo aguantaba ni por asomo y me ausentaba de clase con cualquier excusa. ¡Ya me colocaría de aprendiz en algún sitio! Mientras llegaba ese día, acepté el envite de mi padre, que conocía a todo el mundo. “Si te enteras por ahí...” era su frase favorita; y, preguntando, llegó a Roma.

Tenía, en efecto, la moto y el trabajo. Un conserje del ayuntamiento le ofrecía la primera por diez mil pesetas y otro compadre se comprometía a emplearme en su bar de la calle Real, que al fin y al cabo era su zona de operaciones, durante las fiestas de San Bartolomé, a finales del mes de agosto. La paga y las propinas no bastarían, pero serían un comienzo.

El primer día, en el que tradicionalmente tenía lugar el concurso de postres, le dije a mi madre que me encontraba mal y me personé en el bar a eso de las ocho, cuando ella partió a cortar cabelleras en la peluquería de Bustar. El patrón me enseñó los rudimentos del servicio sin admitir ruegos ni preguntas. Era un local chico pero aseado, que arrobaba las narices con su aroma de carnes, pescados y tapas de todo tipo. Ayuno de ciencia, me defendí como pude con la letanía de cafés y el rosario de licores, me dejé los riñones levantando cajas de cerveza y me imaginé a lomos de mi *Montesa* para no volverme loco con los pedidos que me disparaban desde cualquier flanco. Aprendí que los bares son reinos de impaciencia y que yo no tenía corona ni cuajo para gobernarlos. Pero sobreviví a esa jornada y, entre susurros, le conté a mi padre la experiencia: él me dio una palmadita en la espalda y me dijo que el faro de la moto ya era casi mío.

Día a día, cumplí con mis obligaciones, cubiertas las espaldas por mi padre, que me justificaba ante mamá con cualquier milonga. Podía suceder que algún cliente se lo acabara contando, claro, pero, además de rogar a los que me inspiraban más confianza que no lo hicieran cuando les ponía el vaso, solo podía cruzar los dedos para que nadie le fuera con el chisme.

Desde el interior, presentía como un eco lejano la alegría de mis vecinos, el desfile de las peñas, la charanga en la plaza de San Bartolomé, el concurso de disfraces, la

procesión en honor a San Roque, la música de las orquestas, las risas ante los comediantes o el asombro ante los trucos de magia. Mis amigos paseaban ostentosos por la calle Real, se hacían invisibles en la del Lobo o el Olivo, se dejaban caer por la iglesia, como todos los años. Entonces era demasiado joven para comprenderlo, pero hay instantes que no merecen vivirse tras un cristal y testimonios de gratitud que hay que pronunciar al oído, despacio, dulcemente. Si hasta el cielo abría los ojos para ver los colores de mi pueblo...

Yo los cerré un segundo y, cuando los abrí, mi madre estaba frente a mí, como un motor revolucionado.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, barbián? ¿Y a ti, Manolo, cómo se te ocurre poner a mi hijo a servir cañas? ¡Él lo que tiene que hacer es estudiar, que ya tendrá tiempo de doblar el espinazo! —y Manolo le aseguraba que mi padre le había jurado que ella estaría al tanto...

Salí de las orejas, y aquella noche, tras la verja de nuestra vieja casa, los oí tarifar hasta tarde. Pero eran otros tiempos. Nada podía con el amor entonces, no había tantas pantallas y el sentido común dictaba que mi madre estaba en lo cierto: la *Montesa Cota* me quedaba todavía un poco grande.

¿Quizá si trabajara en la capital a la vuelta del verano?

Lo tendría que hablar con mi padre...

Pseudónimo: GEORGE BAILEY